

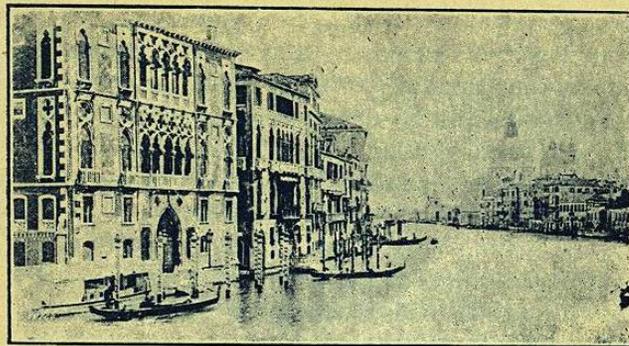
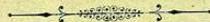
para el que, ante todo, debe estar animado por la fe en el arte y ser rico de abnegación, porque el sacrificio es el arma más poderosa en una batalla. Acaso más tarde, cuando La Rotella sea más serio, más austero y más cauto, pensará con dolor en éste su error juvenil. De todas suertes, tiene tiempo y manera de repararlo.»

Por el tono de la anterior crítica, análogo al de la mayoría de la prensa musical, los lectores tendrán idea de la lucha que los noveles compositores tienen que sostener contra el temido cuarto poder, que, aquí más que en ninguna parte, hace y deshace reputaciones y hasta genios inesperados.

Es doloroso comprobar esa actitud marcadamente hostil cuando no se tienen tras sí las influencias y los miles de liras de un compasivo editor...

Dejo aún muchos comentarios en el tintero y, en mi próxima correspondencia, trocaré la censura por el elogio, al ocuparme del «Liceo Musical Benedetto Marcello,» de Venecia, y de su admirable, inspirado y eruditísimo director, el maestro Enrico Bossi. He aquí una gran figura, un artista extraordinario, como no creía yo haber encontrado en la Italia musical contemporánea

Septiembre 1º de 1900.



Lucerna, Agosto 8 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs

México.

**El Liceo Musical «Benedetto Marcello,» de Venecia  
y su director el maestro Enrico Bossi.**



Al arribar á Milán con algún tiempo disponible, raro será el viajero que no experimente vivísimos deseos y curiosidad de conocer la famosa perla del Adriático, la gentil Venecia cuya fisonomía es única en el mundo, extraordinario su interés histórico y extraordinarios también los tesoros de Arte que ostenta por doquiera. Aguijoneado, pues, por tales deseos acariciados de tiempo atrás, embarquéme en el primer tren que partía rumbo á Venecia, una bella mañana prima-

veral, una de esas mañanas cálidas y luminosas que recuerdan tanto á las de México, y seis horas después pisaba unos instantes aquella tierra bendita para surcar en seguida las aguas del Gran Canal, conducido en una de tantas lúgubres góndolas que semejan flotantes ataúdes. ¡Qué solemne silencio, qué augusta calma y qué infinita melancolía la que ahí se respira! No obstante que las orillas del Canal están bordadas de soberbios palacios de rica y especial arquitectura, y que aquel cielo y aquella luz parece que luchan por alegrar el ánimo tristemente impresionado, diríase que se ha penetrado en una ciudad muerta, en una inmensa necrópoli hundida entre las aguas por efecto de un cataclismo geológico. . . . La góndola marcha cadenciosamente, sujeta á un ritmo uniforme y musical; los remos baten un compás, pero es un compás extraño, casi el de los martillos que clavetean el ataúd; respóndeles el triste gemido del agua herida y el impávido gondolero la fustiga sin piedad, blanda pero incesantemente, como se fustiga á una bestia querida. . . . Y la góndola marcha cadenciosamente; se aproxima al hermoso puente del Rialto, se interna en laberintos de callejuelas estrechas y no perfumadas por cierto, de donde parece que ha huído la vida para siempre, y á poco navegar desemboca al fin á la célebre láguna, al frente del supremo palacio Ducal, á la orilla de la *Piaz-zetta* con sus famosos monolitos y su *alado León*

en primer término, el *Campanello* á la izquierda, á la derecha la soberbia basílica de San Marcos, y en el fondo la pintoresca Torre del Reloj. . . . ¡Perspectiva deliciosa y admirable que sume al espíritu en extática contemplación! Las tristezas huyen desencantadas, bórrase la melancolía de los semblantes, y al abandonar la tétrica góndola, aquel negro ataúd flotante, reboisais la alegría de aquel á quien se otorga el perdón de la vida. Aquella, aquella es la Venecia de nuestros ensueños; la Venecia de otros siglos que cobijaba á los artistas con su escarlata manto; la augusta matrona vencedora tal cual está representada en el gran *plafond* de Pablo Varonés en la Sala del Consejo del Palacio Ducal: noble, altiva, valerosa y grande. . . .! Olvidáis las primeras impresiones y ahí, entre las verdosas aguas de la laguna, el azul de cobalto del cielo y aquel cuadro de luz y de colores, dejáis que el espíritu flote á su antojo posándose en cada rinconcito adorable que puede servirle de nido y dulce asilo. Y el espíritu, inquieto, se adormece bien pronto, sueña, sueña. . . . y llega hasta el olvido. . . .

Víctimas de un olvido vais siéndolo vosotros, lectores míos, y tiempo es de que interrumpa mis impresiones evocadas al calor de muy cercano recuerdo. Me he divagado sin quererlo y sin sentirlo: debo hablaros del Liceo Musical «Benedetto Marcello» y de su actual director el magistral artista Enrique Bossi.

Provisto de una buena carta de introducción del poeta Gustavo Macchi, á quien la casualidad ha hecho mi inesperado colaborador, presentéme una mañana á llamar á la puerta del opulento Palacio Pisani en el Campo San Stefano, que da albergue al Instituto en dos grandes alas de su segundo piso. Excuso describir el lujo severo y sobrio que ostenta el edificio, desde su imponente vestíbulo hasta los departamentos dedicados á la enseñanza musical: básteme decir respecto de los últimos que, aunque pequeños en su mayoría, son suficientes para las necesidades del plantel que recibe un número bastante limitado de alumnos. En el programa de enseñanza figuran las materias elementales, el canto superior y el coral, los instrumentos orquestales, el piano, el órgano y la composición.

Aquí, como en México y en la mayor parte de los Conservatorios, las cátedras favorecidas son las de piano, canto é instrumentos de cuerda, y poco concurridas las restantes, con especialidad las de instrumentos de aliento.

El Liceo posee una buena biblioteca y un salón de Conciertos poco vasto, pero adecuado para su objeto. En el fondo de este salón, en una plataforma elevada, está colocado un espléndido órgano, que, al decir del director, es una obra maestra de finura y de delicadeza.

La circunstancia de verificarse, por la época de mi visita, los exámenes parciales y privados,

á los que *nadie tiene acceso*, me impidió cerciorarme personalmente de la marcha de los cursos y de la práctica de la enseñanza; pero el Maestro Bossi tuvo la deferencia de mostrarme las pruebas de composición de sus alumnos—pues á su cargo está la enseñanza de ese ramo y la del órgano—y tuve el placer de observar los adelantos realizados por esos jóvenes que son futuros maestros, y la ciencia y erudición de su magnífico profesor.

Entre todos sobresale el alumno Baldi Zenone, que está para terminar sus cursos, y como pruebas presentó las obras siguientes que denotan una superioridad incontestable: Una Fuga real á cuatro partes; Dos Motetes á cuatro voces; Una colección de Fugas á 2, 3 y 4 partes; Un Salmo (coros, solo y órgano), premiado—según acabo de leer en *Le Ménestrel*—en un reciente concurso en Leipzig; el estudio de Moschelés «Scène de Fête populaire» transcrito habilísimamente para la orquesta; Un «Preludio, Coral y Fuga en *Re menor*,» para orquesta, coros y órgano; «*Suite* en estilo antiguo» para orquesta, y *Minueto, Aria* y *Presto* instrumentados con gran colorido, intención y energía.

A mis calurosas frases de felicitación, que recaían más en el maestro que en el discípulo, Bossi replicó con una modesta sonrisa en la que, no obstante, se dibujaba una legítima satisfacción y quiso corresponder á la que no era, por cierto,

galantería mía, sentándose al piano y haciéndome conocer y saborear durante dos horas largas, algunos de los frutos de su privilegiada inspiración. Confieso humildemente que no conocía una sola de sus obras y no sospechaba que tropezaría en Italia con artista tan grande, de semejante empuje y de méritos tan excepcionales. Aquella audición íntima á cargo del compositor en persona, quien, á falta de dedos y de instrumentos, recurría al canto y á la gesticulación para interpretarse, fué para mí una revelación; revelación de un artista superior y modesto, poseedor en absoluto de todos los secretos de su arte, impulsado por un ideal no perseguido sino por muy pocos en Italia, y favorecido con dotes extraordinarias, tanto más notables cuanto que han fructificado en un terreno mal dispuesto para el cultivo del género predilecto de Bossi.

Sgambati, Martucci y Bossi son actualmente en Italia los únicos compositores que, renunciando espontáneamente á la fácil conquista de los lauros que proporciona la música dramática, han consagrado su talento al cultivo de la música pura; en él han sobresalido, y Martucci con especialidad, pero, aún á riesgo de aventurar una opinión apasionada, creo que la inspiración de Bossi es más alta y más personal.

Entre las obras que me hizo conocer y que provocaron mi entusiasta admiración, citaré las siguientes: Dos *Sonatas* para violín y piano edi-

tadas por Breitkopf y Härtel y Kistner, de Leipzig, bellamente inspiradas y preciosamente escritas, con especialidad los movimientos lentos que tienen un encanto indefinible, una dulzura y una poesía fuera de toda ponderación; unas deliciosas *Lieder*, frescas y lozanas como un puñado de rosas, y algunos fragmentos de la cantata «El cántico de los cánticos,» escritos con gran pureza y elevación de estilo. La cantata mencionada se ejecutó recientemente en Leipzig y el público y la crítica le hicieron la justicia que se merece. Demuéstralo el artículo publicado por el periódico musical *Neue Zeitschrift für Musik*, en su número correspondiente al 28 de Marzo último. Espero que el lector leerá con gusto su reproducción que íntera hago en seguida.

Dice el periódico aludido:

«En cuanto al texto del *Cantar de los Cantares*, escribe el Profesor Dr. Roberto Wirth: «El texto original hebreo del *Cantar de los Cantares*, si se considera como poema erótico profano, no se entiende bien en todas sus partes, y menos si se interpreta como alegoría. Aún más difícil será comprender su sentido, si se lee traducido á otro idioma. Por medio de la reflexión mística se interpretan los misterios de esos cantos de boda, que se parecen á los que los novios árabes en la Siria y en Palestina, y sus padrinos cantan en el día de la boda y después en la primera semana, que se llama la semana real, desempeñando los

nuevamente casados en ella el papel de rey y de reina. El texto original hebreo del *Cantar de los Cantares*, se compone de fragmentos, y Bossi escogió trozos de estos fragmentos para su obra y se basó en las alegorías de la Iglesia cristiana de los primeros siglos, sobre las que Orígenes escribió doce tomos de explicaciones.

Para sujetarse á esta alegoría mística, no le convinieron aquellos versos, que solamente se entienden, cuando se consideran como poesías del naciente amor conyugal.

Bossi ha creado una de las obras más importantes en este género de la literatura con el *Cantar de los Cantares* que ha sido adquirido, con el magnífico concierto para órgano y orquesta, por los renombrados editores Rieter-Biedermann.

Es una obra de espíritu y de sentimiento. Cada frase respira verdad y es de perfecta hermosura. Bossi estudió las obras de Palestrina y de Bach, y estos estudios ejercieron sobre él una influencia poderosa.

Con mezcla de estos principios contrarios del macrocosmo, es decir, de lo esplendoroso, de lo sublime, del puro estilo monumental, del orden y de la claridad de Palestrina, y del microcosmo, es decir, del sentimiento vivo é interior de la subjetividad y de la profundidad germánica de Bach, creó Bossi su estilo, que se distingue por estar sobre la base firme del canto gregoriano, sin embargo, en la vía de la libertad en las mo-

dulaciones, conquistada por Bach, que rompió las cadenas del sistema de las tonalidades antiguas, así como por la expresión llena de vida y de calor.

Las personas que oyen esta obra sin haber entrado todavía en este nuevo mundo de pensamientos que nos presenta Bossi, no pueden comprender inmediatamente su obra, así como los que la conocen por el estudio concienzudo. Es una condición psicológica el que, para oír una obra nueva, se debe descender á los pormenores de ella con buena voluntad; libre de preocupaciones se comprenderá muy bien, que lo que pareció extraño al principio, está lleno de bellezas originales.

En las tres partes de este canto bíblico llaman la atención dos temas principales: primeramente la melodía conocida del coro *Ecce panis angelorum*



y en segunda una melodía antigua de los hebreos alemanes con la segunda aumentada característica.



Estas dos melodías están luchando la una con la otra; vence la primera y triunfa, para representar la victoria alcanzada por la iglesia católica contra el judaísmo.

Estos motivos directos están empleados ingeniosamente y explotados con gusto y arte.

La orquesta brilla por el colorido de la instrumentación que nada exagera.

Las partes de los solos son muy sentidas y tienen buenos efectos.

El Sr. Scheidemantel, de Dresde, se lució con sus solos; la Srta. Dietz, de Francfort, cumplió lo suficiente en lo general, pero no en todo.

Después del *Cantar de los Cantares* se ejecutaron cinco de las piezas más bellas del oratorio: *Cristo*, de Liszt (*las Bienaventuranzas*; *la Fundación de la Iglesia*; *la Entrada en Jerusalem*;

*Gethsemani*; *la Resurrección*); cuya ejecución fué un verdadero triunfo para esta célebre sociedad, dirigida con tanto acierto por el Sr. Doctor Göheler.—*Edm. Rochlich.*»

Bossi es joven aún, pues no cuenta más que 39 años de edad; su figura es extremadamente simpática y su carácter afable y modesto. Fué alumno del Conservatorio de Nápoles y más tarde trabajó en Milán al lado de Ponchielli, por la misma época en que allí hicieron sus estudios Puccini y Mascagni; es además íntimo amigo de Perosi, por quien manifiesta un afecto fraternal. En Nápoles fué profesor de órgano durante cinco años—pues hay que añadir que es también excelente organista—y hace otros cinco que está al frente del Liceo Musical de Venecia. No podía ciertamente haber recaído la elección mejor que en él: un gran admirador de las glorias italianas del pasado, de esa famosa escuela veneciana, de la cual brotaron Willaert, Zarlino, Gabrieli, Lotti, Caldara y el gran Marcello, titulado por Baini, *el Miguel Angel* de la Música, y á la vez un entusiasta propagandista de los modernos, con Beethoven y Wagner á la cabeza.

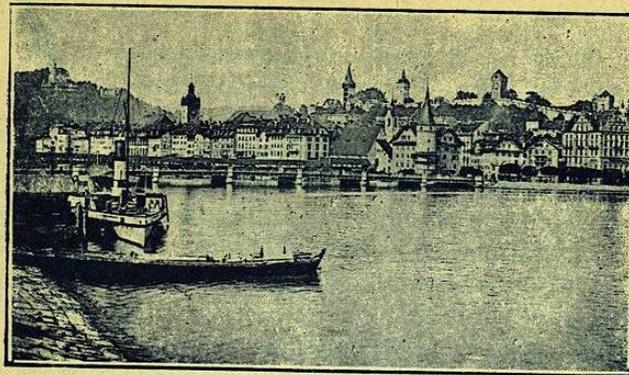
Confieso que me sentí orgulloso al estrechar la mano de artista semejante, y un si es no es confuso cuando, presentándome un álbum ricamente empastado, me pidió amablemente que dejáse en él algún recuerdo de mi visita. Mi confusión subió de punto al abrir el lujoso volúmen

y leer los autógrafos del Emperador del Brasil, Liszt, Joachim, Rubinstein (compases de un *allegro appassionato*), Bazzini, Thomson, Gega-Zichy, Martucci; Popper, Pedrell, Toscanini, Puccini (un fragmento de *La Tosca*), Perosi, Braga, D'Annunzio, Weingartner, Franchetti, Widor y Richter (Abril de 1900).

Ignoro aún lo que escribí. Recuerdo tan sólo que di á Bossi un último apretón de manos y me lancé á la calle con el corazón aún palpitante y henchido de arte.

Decididamente, ese día tuvo el espíritu alimentado sano y reparador. . . .

Septiembre 15 de 1900.



Lucerna, Agosto 26 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

**Tribtschen.—El Palacio Vendramini.  
Dos moradas memorables de Ricardo Wagner.**



Lucerna, la paradisiaca Lucerna, que es uno de los países azules del ensueño, no ostentase sus galas naturales y careciese de los atractivos con que, pródigamente la dotó la naturaleza, conservaría para todos, y más para los artistas, el interés excepcional de haber dado prolongada hospitalidad al extraordinario y genial compositor Ricardo Wagner.